

LA MATERIA INTANGIBLE

Prefacio. La materia intangible. Elisa Valero Ramos

PUBLICADO EN

La materia intangible. Reflexiones sobre la luz en el proyecto de arquitectura. Elisa Valero Ramos. General de Ediciones de Arquitectura, Valencia, octubre 2019

Varia Architectonica. Ed. Mairea. Madrid. 2016

LA MATERIA INTANGIBLE

Prefacio. La materia intangible. Elisa Valero Ramos

Este libro es ya desde su título un acierto. Escribir sobre la luz, el material más lujoso con el que trabajamos los arquitectos no es fácil, pero es necesario. Escribir sobre la luz declarando desde el primer momento que es materia, material, es más que sugerente. Y calificarla de intangible es más que acertado porque no somos nosotros los que tocamos la luz: es la luz la que nos toca a nosotros y a la arquitectura para que se produzca el milagro. Tantas veces he escrito que “architectura sine luce nulla architectura est” que ahora me parece obvio. Y sin tocarla, los arquitectos debemos dominarla, conducirla, controlarla para hacer que esa luz al traspasar y tocar la arquitectura haga que allí, como bien nos dice Paul Valery en su Eupalinos, la arquitectura suene, cante.

Recuerdo cómo Juan Navarro Baldeweg, un verdadero maestro de la luz comparaba la arquitectura con un instrumento musical que, cuando era atravesado por la luz, era capaz de sonar. Porque si el instrumento arquitectónico está bien concebido, bien construido y bien afinado, es capaz de producir el milagro de la música divina. Como el aire en un instrumento musical, la luz lo hace en el instrumento arquitectónico.

Elisa Valero, en las páginas que dedica entusiasmada al Panteón de Roma, lo hace en base a cómo la luz es capaz de tensar aquel espacio y convocar allí a la belleza. La materia intangible, la luz, más que tocar la divina concavidad de la cúpula del templo romano, parece que la acariciara con la lentitud con que la miel se derrama por el borde de un frasco. Tan despacio recorre el disco de luz aquellas paredes. Y allí se produce entonces el sibilus aurae tenuis, el soplo de un aura suave en el que Elías reconoce la presencia divina, como bien se nos describe en el libro de los Reyes. Recordaba un día con Elisa Valero el cómo Chillida se quedó extasiado ante aquella columna de luz que procedía del óculo del Panteón romano Y cómo, rozado por ella, pues no se atrevió a tocarla, sintió claramente que allí el aire era más ligero, quizás el sibilus aurae tenuis. La materia intangible tocando al genio para llevarle a las alturas.

En su libro, Elisa Valero, lejos de llevarnos a consideraciones técnicas sobre el carácter corpuscular de la luz establecido por Newton frente a las teorías ondulatorias de Huygens, o introducirse en los complejos caminos tecnológicos del vidrio y de los materiales que hacen relación a la luz, nos regala con un paseo por la Historia, la pasada y la actual. De su mano y de la de la luz nos trae y nos lleva, nos arrastra a donde ella quiere, de manera no lineal, para hacernos más interesante el recorrido.

Y entre paseo y paseo va dejando caer afirmaciones que envuelve con palabras muy hermosas para convencernos de que la luz es el material más maravilloso con el que trabajamos los arquitectos. Tan material y tan universal como lo es la piedra, pero con el aliciente de que se nos da gratuitamente. ¿Cómo podría no estar de acuerdo con ella?

Hay historias preciosas como su versión de la invención de la pintura que se atribuye a Plinio el viejo. Porque, ¿qué es la obra construida sino el resultado de ir trazando la sombra de los planos bajo la luz sobre la tierra?

Hay citas maravillosas como la de Benedetto Gravagnuolo: “la arquitectura se convierte en puros volúmenes euclidianos, como forma simbólica de los cánones aritméticos de la divina proporción, como sombra de una belleza apolínea”. Claro que ¿qué es el juego sabio y magnífico de los volúmenes bajo la luz que prescribía Le Corbusier y que también ella cita, sino esta sombra de la belleza apolínea?

Hay propuestas de la autora que a mi juicio no sólo son acertadísimos, sino que, además, literariamente están magníficamente expresados. Como cuando afirma sobre el gótico que allí “la piedra se convierte en membrana translúcida y estructura dibujada a contraluz”. Hace aparecer así ante nosotros estos interiores góticos llenos de luz blanquísima antes de que, por mor de la doctrina, fueran cubiertos de colores. Y así con aquella luz purísima, encajada en encajes de piedra, llevamos a las alturas. Con razón titula ese capítulo con un significativo “La luz como instrumento de abstracción”. Y añade “que por su esbeltez parece que trabajara a tracción sujetando el cielo a la tierra”. La lectura de Elisa Valero de la luz como mecanismo quasi estructural capaz de sujetar el cielo a la tierra me parece fascinante. Y convincente.

Termina el libro con una anécdota que nunca se borrará de nuestra memoria. Preguntado un experto en luz artificial sobre un consejo eficaz para sus alumnos, la autora recibe una respuesta palmaria: “Diles que la luz es buena, pero poquita”. Como la sal, porque algo de eso, de sal de la arquitectura, tiene esta materia intangible que es la luz.

La transmisión de la arquitectura se hace a través de la universalidad de las obras construidas, pero las claves que genera esta misma arquitectura quedan muchas veces ocultas. Elisa Valero nos desvela aquí las claves de esta materia intangible, la luz, y nos descubre las razones con las que se han concebido y alumbrado muchas ideas cuya construcción es la arquitectura. También las de su propia arquitectura, que es magnífica, y en la que utiliza con absoluta precisión esa materia intangible.

Esta versión de La materia intangible ahora en inglés es un regalo. Poner sus palabras en castellano, las mismas del Quijote, en las temblorosas manos de Hamlet, en inglés, es hoy el medio más eficaz de difundir mensaje alguno. Y, además, a través de internet estos textos recorrerán el espacio en un instante. No puedo dejar de imaginar las palabras de Elisa Valero en el aire, en manos del desolado príncipe danés, expresando sus dudas en la bellísima lengua de Shakespeare. La misma que usaran Wren y Paxton y Soane. Y más tarde Sullivan y Wright y hasta el mismísimo Mies Van der Rohe. Ojalá que las palabras y las ideas de este bellísimo libro llegaran hasta donde siguen llegando las suyas.

Alberto Campo Baeza

Madrid, julio de 2014

Chillida solía contar la experiencia que vivió en una visita al Panteón de Roma, “abrazado” al grueso haz de luz natural que penetraba por el lucernario cenital del edificio clásico; tenía la sensación de que el aire iluminado era más ligero que el del resto de la estancia.